

CUANDO se comparte mesa con Aaron García, la primera sensación que te invade es la de estar ante un rostro con una interrogante clavada en la frente. Podríamos argumentar que son sus 22 años los que le dan esa avidez de conocimiento, o tal vez una clarividencia especial que le hace sentirse *"reducido a la vida"*... Quizá sea todo eso lo que hace que su sonrisa conserve aún pedazos de ingenuidad y que su mirada brille al mostrar sus viejos cuadernillos (viejos no en tiempo, pues empezó a escribir en 1995, sino en "su" tiempo), donde residen los leves recuerdos de una adolescencia marchita.

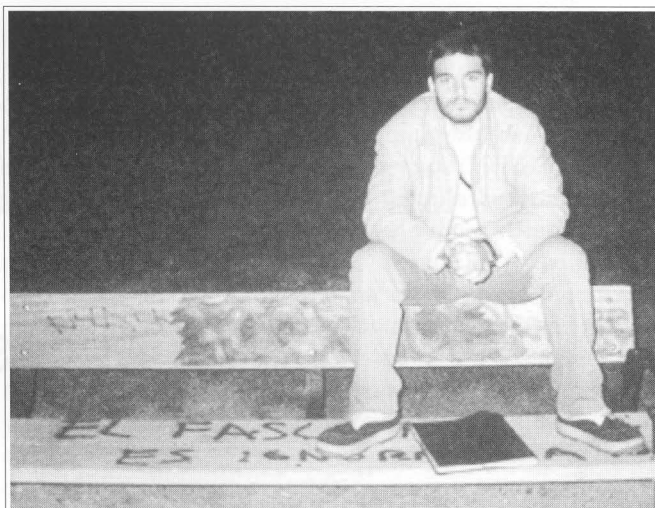
Si leemos algunos de esos primeros poemas, calentados con las ascuas de la infancia, sentimos algo especial. No es su estilo, aún de rima forzada; no es su temática, demasiado apegada a la circunstancia: es la intuición que reside entre líneas, como si Aaron se sospechase a sí mismo en esos versos...

"Empecé a escribir para buscar y para encontrarme a mismo". El poeta no escribía sólo por instinto o por gusto: escribía para ver crecer su mundo y verse crecer: dejó a un lado la poesía suave de Bécquer o Garcilaso y tomó como modelo el barroquismo premeditado de Góngora (En aquel momento, su labor poética se limitaba a recoger trozos de una realidad insólita y *"retorcerlos"*). Las palabras más inverosímiles de su diccionario eran su materia prima: *"palabras que ahora mismo no sé ni lo que significan"* —confiesa con una sonrisa que parece volver a esos "lejanos" tiempos—, *pero creía que de esta forma las palabras expresarían mejor mi rareza, mi particularidad"*.

"El primer paso hacia la madurez poética es ser consciente de lo que estás haciendo. Es el momento en el que ya has visto lo suficiente como para conformar tu "yo" y darte cuenta de la pluralidad que reside en esta palabra" y, es entonces cuando, según Aaron, *"eres capaz de distanciar te, cuando distingues dentro al poeta que crea y al crítico que censura y pone la cordura"*.

Una de las vivencias que ayudaron al joven poeta en ese camino y hacia la poesía, fue su paso por el Taller literario de Enrique Gracia: "Allí adquirí el oficio. Es decir, que aunque la poesía se crea en soledad resulta bastante aconsejable, al principio, recrearla en compañía". Resulta, además, un lugar idóneo, según Aaron, para perder la vanidad que sobrevuela en todo "aspirante a poeta", pues "es donde te das cuenta que la poesía es un lenguaje particular cuya gramática hay que conocer. Te aconsejan cosas nuevas, nuevas métricas, nuevas rimas... que tal vez jamás utilices pero que te pueden dar ideas o simplemente te ayudan a definirte en tu gusto poético". Gracias a este Taller y a la ayuda de la poetisa Encarnita Huertas, Aaron descubrió la importancia de la métrica que en principio parecía desvirtuar la idea. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que "el orden da libertad", pues "llega un momento en que interiorizas tanto la norma poética que ya sale con naturalidad". La poesía silvestre de Aaron dejó, a partir de entonces, paso a una poesía con oficio, con una rima que "aunque no exista, se deja sentir". Una poesía, no obstante, densa, filosófica y capaz de abrumar. Así, cuando presentó su libro, *"Reducido a la vida"*, al premio Adonais 1999, algo parecía decirle que su sueño debería esperar.

Cuando el fallo del jurado le nombraba finalista del premio que ganó una joven escritora canaria de tan sólo 15



Aaron García: el amanecer del poeta

años, alguien que sabía lo que decía, le aconsejó que debía *"sujetar los caballos"*. No le faltaba razón. Su exceso de ideas había convertido su poesía en un conjunto de metáforas geniales, pero cuyas sombras amenazaban taparse unas a otras. Aaron debía aprender a ser tacaño con la metáfora, a *"sujetar esos caballos"* de la imaginación, a no derrochar ingenio que amenazaba con ahogarse a sí mismo.

El poeta parece haber aprendido de todo esto. Su lucha por encontrar el equilibrio entre el impacto y lo aparentemente sencillo "que descargue la forma sin descargar el fondo", le llevan ahora a una poesía más "comprensible" capaz de poner en relación todo un universo de significados con una capacidad de abstracción que roza lo surrealista.

Algo, sin duda, poco común, entre los escritores de su edad. *"Centrados en la poesía de tipo social o de tipo amoroso. Son poetas que dan pinceladas, que hablan sobre diferentes aspectos de la realidad, pero que no parecen encontrar un hilo conductor, un argumento que evidencie que en la poesía como en la vida, todo tiene relación"*.

Gente joven. Eso es precisamente lo que Aaron echa de menos en la tertulia a la que acude los viernes en un conocido local del barrio de Malasaña (Madrid), donde se encuentra con escritores como Luis Arrillaga o Enrique Valle, "una excusa para reunirnos unos cuantos amigos y escucharnos a través de la poesía". El poeta no parece tener la intención de instalarse en ese mundo donde la innovación y el empuje juvenil no siempre se ven con buenos ojos o reciben una bienvenida tan sincera como cualquier nuevo poeta desearía. Aaron prefiere seguir su camino en la búsqueda del equilibrio entre el valor poético y el oficio mediante la experiencia cotidiana, la reflexión y los sentidos bien abiertos por si se cruza en su camino una metáfora, aunque en ocasiones éstas sean tan dolorosas que le hagan dudar "si merece la pena ser consciente de la realidad" que él teme, algún día le arrebaten los últimos pedazos ingenuos de su sonrisa ...